

DEBATES

ECOLOGIA Y PROYECTOS DE IZQUIERDA

Félix Ovejero

Apretar un botón y satisfacer los deseos. Todo lo que no sea eso, será siempre objeto de conflicto. Producir, distribuir lo producido, reconocer que no todos pueden tenerlo todo, decidir qué para quién y decidir cómo se decide en cada una de esas actividades, son asuntos que cualquier proyecto social ha de abordar. Eso siempre se ha sabido, pero ahora sabemos más. Sabemos que el modo de vida actual, la sociedad industrializada, el capitalismo, se lo llame como quiera, resulta insostenible a largo plazo. No se trata de ninguna «contradicción interna del sistema», de un mecanismo endógeno que necesariamente habrá de desembocar en una crisis. Las constricciones son más definitivas, porque son externas. Sencillamente, el planeta no da para más. Al viejo argumento de que de lo que se trata no es de repartir la pobreza, sino de que todos estemos como los americanos o los japoneses, hay una réplica concluyente: es imposible, no hay capacidad para mantener tales niveles de consumo energético.

Lo anterior es cierto en la exacta medida de lo que afirma. No se ha dicho que nuestro actual modo de vida esté tocado de muerte. Puede durar bastante. Eso sí, siempre que no se generalice. Afirmer eso equivale a admitir su incompatibilidad con el ideal de igualdad. Por implicación pragmática, el reconocimiento de que vivimos en un mundo con recursos limitados, obliga a reconsiderar los proyectos políticos de la izquierda. Las revisiones recientes de tales proyectos, inspiradas en la crisis del socia-

lismo real, no parece que apunten en la mejor dirección. De fundamentar esta tesis se ocupan las páginas que siguen.

LA CRISIS DE UN MODELO SOCIAL

Cualquier proyecto social se basa en hipótesis. Algunas se refieren al comportamiento de los individuos. Podemos, por ejemplo, diseñar un modelo social con individuos altruistas, más preocupados por el bienestar de los demás que por el suyo propio. Podemos, en su lugar, suponer una sociedad en donde las gentes comparan todo en todo momento y escogen solamente aquello que resulta más beneficioso para ellas. Aunque ninguna de tales hipótesis parece muy realista, una y otra han sido utilizadas, respectivamente, para defender el socialismo y el capitalismo. Junto a estas hipótesis, los proyectos sociales utilizan otras referidas a las condiciones de actuación. Tecnología, recursos y población, por ejemplo, son constricciones que limitan las posibles historias futuras de las sociedades. Las muchas utopías ilustradas, que confiaban en un mundo donde la técnica lo hiciera todo posible, o el Marx que reconocía las dificultades para edificar el socialismo en países no industrializados, aludían a este tipo de hipótesis y, de un modo u otro, a la posibilidad (o necesidad) de su modificación.

Las constricciones ecológicas responden a esa segunda naturaleza y también limitan

las posibilidades de actuación. Muchas civilizaciones han perecido como resultado de que sus propias dinámicas sociales estaban por encima de las posibilidades de sus escenarios ecológicos. En principio, se podría pensar que algo parecido sucede hoy, cuando somos testigos de cómo el industrialismo ha consumido en poco más de cien años recursos que se habían acumulado durante millones de años. Por ejemplo, sabemos que si la sociedad americana continúa con sus actuales niveles de consumo energético, tiene recursos para muy pocas décadas más. La novedad radica en que lo que antes era ocasional y local ahora es esencial y global. No se trata ya de que determinada comunidad haya devastado sus recursos. Es cierto que, aún hoy, en muchas zonas del planeta, ciertas sociedades agrícolas devastan amplias áreas en aras de cosechas inmediatas. Sin embargo, podría ser de otro modo, sin que los rasgos de tales sociedades se modificaran. Por contra, como se verá, el propio modo de funcionamiento del capitalismo, aquel que lo caracteriza como sistema económico —no tal o cual sociedad capitalista—, es el que choca con los escenarios en donde se instala, el que lo hace inviable a largo plazo como sistema de vida. En ese sentido, el requisito (la hipótesis) de infinitos recursos (e infinita capacidad de asimilación de desechos) es vital para el capitalismo.

También el proyecto emancipador de los clásicos del socialismo reposaba en presunciones. En lo que atañe a las hipótesis de comportamiento, era fundamental la creencia en una naturaleza humana con una inacabable capacidad para generar necesidades y que encontraba una de sus vías de realización en la gestación y satisfacción de nuevos deseos. Desde la perspectiva estructural, era tesis básica la visión del comunismo como una sociedad de la abundancia. Las dos hipótesis se aunaban para explicar la crisis del capitalismo y su sustitución por el socialismo. El capitalismo se mostraba incapaz de satisfacer las necesidades que generaba y las fuerzas productivas, rotas las bridas que para su despliegue suponían las relaciones de producción capitalistas, se desarrollaban de modo indefinido. Para muchos, la superioridad

del comunismo radicaba en su mayor capacidad para satisfacer necesidades. La sociedad futura se concebía como una especie de supermercado inagotable en donde habría de todo para todos, donde no habría problemas de asignación. Es importante destacar que, desde este sentir, la coerción no aparecía como problema. Una vez se concibe la libertad como la posibilidad de realizar unos deseos que se entienden como infinitos y una vez esa realización está garantizada por el progreso económico, no hay lugar para interrogarse sobre quién decide qué producir. El problema de la libertad sólo podía aparecer transitoriamente. Después, habría de todo para todos.

Obviamente, tampoco abusa del realismo este modelo. Mejor dicho, la falta de realismo de la segunda hipótesis —no hay inagotables recursos productivos— hace insensata la primera: en un mundo con posibilidades finitas, una naturaleza humana con infinitos deseos necesariamente ha de estar oprimida. En este sentido, las hipótesis se revelan como constricciones. Lo que podemos o no hacer está marcado por lo que se puede esperar, por lo que suponemos que puede ser. Como sabemos que no puede ser un mundo de gentes altruistas incondicionales, capaces de vivir sin alimentarse o con recursos infinitos, nuestros proyectos se han de adecuar al juego que nos permiten tales conocimientos, han de cimentarse en hipótesis plausibles.

La revisión de los supuestos del socialismo exige examinar la posibilidad de modificar las constricciones en las cuales se ha de desenvolver la vida humana. No todas presentan la misma dificultad. Algunas son imposibles de cambiar. No podemos cambiar las leyes de la termodinámica, pero sí podemos alterar las reglas sociales. La construcción de proyectos sociales se refiere prioritariamente a los segundos, a los aspectos susceptibles de modificación. Siempre bajo el requisito de que no pueden violentar los menos modificables; por ejemplo, por lo que sabemos, no tendría sentido diseñar un proyecto social que se amparase en la suposición de que las gentes pueden realizar las mismas actividades con la mitad de consumo alimentario.

En general, el proyecto de la izquierda

debe ser: a) compatible con las constricciones ecológicas, de modo que se garantice que la sociedad está en condiciones de reproducirse sin alterar equilibrios que aseguran su propia supervivencia; b) capaz de realizar socialmente los valores de su ideario. Conviene destacar que a) y b) están estrechamente relacionados. Si olvidamos a) las posibilidades de obtener b) disminuyen sensiblemente. Una sociedad que atenta contra los recursos que son su condición de posibilidad, está cercenando las libertades de sus generaciones futuras y, casi siempre, de otros contemporáneos. No es difícil imaginar que un sistema social de esa naturaleza se sienta tentado por establecer una dictadura sobre algunos excluidos —para evitar su acceso a un privilegio que resulta imposible extender a todos— y esté dispuesta a mantenerlos en esa condición subordinada mientras se apropia de los recursos de todos.

Que la idea tradicional de socialismo deba ser revisada no quiere decir que deban abandonarse lo que antes se llamaba «ideales». Libertad, justicia o igualdad constituyen la identidad del proyecto emancipador y su abandono es imposible sin desvirtuar al mismo sujeto de predicación (del mismo modo que, en propiedad, no cabe decir que sigue siendo él mismo un individuo con el cerebro manipulado y la anatomía modificada). De todos modos, tampoco hay que convertir los «ideales» o la utopía en palabras mágicas que conjuran la reflexión y la calibración de proyectos. Uno puede decir que quiere comer un pastel y conservarlo, pero la enunciación del despropósito no lo hace accesible (aunque psicológicamente se crea que sí). Que los «ideales» no sean susceptibles de ser verdaderos o falsos —lo que queda reservado para las teorías empíricas— no quiere decir que no se puedan descalificar por imposibles o por incompatibles entre sí. Si algo hemos aprendido en estos años, es que no todo lo que podemos imaginar conceptualmente es materialmente posible. Por ejemplo, algunas personas pueden consumir recursos para mantener un yate, porque otros no pueden hacerlo, porque no hay recursos para todos. Es insensato pretender que «todos lleguen a disponer del yate». Precisamente,

por que algunas necesidades son imposibles de satisfacer para todos simultáneamente, es muy fácil que unos propósitos acaben por chocar con otros, que, por así decirlo, los ideales se muestren incompatibles entre sí. En nuestro ejemplo, la libertad de satisfacer cualquier deseo, acaba por chocar con la igualdad. De otro modo y en general: las restricciones ecológicas imponen la necesidad de repensar la idea de libertad. Si la libertad se entiende como la posibilidad de satisfacer cualquier deseo, resulta imposible conciliar libertad e igualdad (y aún la libertad se complica, pues la libertad de unos —de satisfacer sus deseos, de disponer del yate— exige la falta de libertad de otros).

En breve, la revisión afecta a cómo tales ideas se puedan conciliar: a) entre ellas, sin recurrir a retóricas huecas, y b) con las constricciones ecológicas en las que nos tenemos que desenvolver. En el fondo, la revisión equivale a añadir a la división tradicional de los modelos sociales, entre deseables e indeseables, la discriminación entre posibles e imposibles. El conocimiento de que no podemos vivir del mismo modo que lo hemos hecho hasta ahora, que la senda iniciada con el industrialismo sólo resulta soportable por unos pocos años (o lo que es lo mismo: sólo resulta accesible para unas pocas generaciones), obliga a pensar en el cómo vivir. Desde el ámbito de las decisiones políticas eso es lo mismo que preguntarse por: 1) el tipo de sistema social capaz de realizar el ideario en unas condiciones dignas; 2) el modo de acceder a dicha sociedad.

Son pocas las cosas que se pueden decir informadamente para responder (en positivo) a tales cuestiones. No disponemos de instrumentos o teorías lo suficientemente poderosos, y las buenas palabras cultivadas hasta ahora han sido nuestra mayor dificultad para reconocer los problemas. Sin embargo, que no se pueda afirmar algo, no quiere decir que no se puedan negar otras cosas con bastante rotundidad. Si bien no podemos anticipar qué es lo que pasará en los próximos años, sí que estamos en condiciones de decir lo que no puede pasar. De hecho, es lo que antes se hizo al referirse a la imposibilidad de sostener nuestros actua-

les modos de vida. Por supuesto, es sencillo predecir lo que no puede pasar. Lo complicado es decir algo relevante. Que yo diga que no voy a salir volando de mi habitación es poco interesante por sabido. La importancia de tales predicciones negativas puede calibrarse, además de por su audacia, por su relación con nuestros presentes escenarios y situaciones. Escaso interés tiene afirmar que «El sistema social X no es accesible o viable de modo duradero», si nadie vive en X o nadie está interesado en X.

En ese sentido lo que sigue es relevante por los argumentos a los que alude (otra cosa es su calidad). Es una afirmación sobre lo que seguro que no sirve, una evaluación de los instrumentos en instituciones sociales a) que no funcionan y b) relacionados con los actuales proyectos de la izquierda. En particular, y refiriéndose a la capacidad para encarar las tareas mencionadas, se sostendrá que: 1) ni el mercado ni los sistemas de representación política propios de la competencia entre partidos, son buenos instrumentos; 2) el acercamiento a cualquier sociedad deseable se ve entorpecido por dos concepciones muy arraigadas en la izquierda tradicional, que tienen que ver con la confusión entre los planos de fundamentación y de extensión de los idearios: el anticapitalismo tradicional (de base obrera) y el optimismo analítico (si esa adjetivación no es contradictoria). No parece necesario demorarse en justificar la importancia de tales asuntos, a la vista de cómo la crisis del socialismo real se ha reescrito con bobo entusiasmo y ha acabado por hacer recalar a todas las izquierdas en dos únicos argumentos: mercado y «democracia». En todo caso, nos detendremos en ellos con desigual intensidad, habida cuenta de que el primero ha sido objeto de una valoración más atenta en otro lugar.

MERCADO, DEMOCRACIA Y ECOLOGIA

Toda sociedad necesita la reproducción de las actividades económicas y para ello hay que conocer qué se produce, en qué cantidad, quién lo quiere y cuánto cuesta.

En una pequeña tribu tales tareas no resultan complicadas: los individuos pueden manifestar sus deseos y necesidades, su disposición a trabajar o su habilidad. En una sociedad medianamente más compleja la cosa es más difícil. Se necesita una mente casi divina para administrar centralmente la información. En cualquier caso, se requiere una buena disposición de todos a la hora de suministrar la información, suposición que resulta poco razonable referida a poblaciones numerosas. La tensión entre eficiencia e información ha sido una manifestación de esta dificultad en las economías socialistas. Para planificar se necesitaba saber lo que las empresas estaban en condiciones de producir. Pero éstas no estaban dispuestas a —interesadas en— proporcionar buena información. Para no verse apuradas en la realización de los planes, señalaban una información sobre sus capacidades inferior a sus posibilidades reales. Los planes se podían realizar, pero al precio de la desidia. Si se favorecía la capacidad de superación, la propia empresa fijaba unas metas bajas que siempre podía desbordar. La producción era buena, pero la información mala. Adicionalmente, como la mayoría de las mercancías son bienes para producir otros bienes, en el momento en el que se producía un estrangulamiento, las previsiones caían en catarata. La defensa del mercado, en el sentir de muchos dirigentes del «socialismo real», tiene mucho que ver con estos problemas, con la capacidad del mercado para funcionar ciegamente, con poca información.

De todos modos, la reproducción de las actividades económicas requiere algo más que información. Toda sociedad es capaz de crecer hasta que el más escaso de los recursos (no sustituibles) que necesita para reproducirse se agota. Si el crecimiento es la garantía final que permite seguir funcionando a una sociedad, que —para decirlo como Maquiavelo— le permite desfogar sus humores, sus tensiones, y mantener sus rasgos estructurales básicos, durará tanto como sus recursos imprescindibles (que no tienen porque ser cuantitativamente importantes, sencillamente son vitales). La sociedad capitalista es de ese tipo: necesita crecer para reproducirse. Esto se ha dicho

casi siempre desde la perspectiva económica, en una argumentación poco convincente que apelaba a la necesidad de encontrar nuevos mercados y a los límites «objetivos» de éstos. Argumentación que parecía ampararse en una metáfora espacial, en la que el capitalismo, una vez ocupada toda la superficie de la mesa, entraría en crisis (sobreproducción) al salirse por sus extremos. Pero las metáforas no son argumentos y lo cierto es que en el capitalismo cada día se sustituyen productos, se crean nuevas necesidades y las viejas se resuelven de modo diferente.

Creo que es más fecundo examinar lo anterior desde otra perspectiva. Desprovista de justificaciones «naturales» o religiosas, la desigualdad y la pobreza relativa (a la riqueza de otros) sólo resulta soportable si existe —la creencia en— la posibilidad de escapar a ella. Basta con la expectativa, sin importar si está justificada. En esa situación las gentes se sienten animadas a hacer lo posible para mejorar, a producir en el caso del capitalismo, y con el crecimiento, la esperanza puede seguir alimentándose. Pero éste es un problema que, en sus rasgos básicos, afecta a cualquier sociedad no igualitaria, no sólo a la capitalista. El problema con el capitalismo es el modo en el que lo encara, pues el mismo mecanismo que garantiza ese funcionamiento es responsable de su disposición a agotar los recursos. Para ver esto hay que volver al modo en el que el mercado resuelve los problemas de coordinación informativa.

En una economía de mercado, las decisiones acerca de qué producir, en qué cantidad o para quién se toman de modo disperso. El sistema de precios es el encargado de resolver la coordinación informativa de las actividades económicas. No se necesita disponer centralizadamente de la información, basta con que cada individuo actúe racionalmente con la que le proporcionan los precios. Si alguien está interesado en algo, y tiene dinero, claro es, estará dispuesto a pagar y, en el caso de que el producto no se encuentre, de que sea escaso, el precio subirá y algún otro se interesará en producirlo. Y querrá hacerlo pronto y bien, no con ánimo de servir a los demás, sino por temor a que otros se puedan antici-

par y aprovechar las oportunidades de beneficio. Como, en principio, son muchos los que están en esa misma situación, no podrán pactar un precio alto, temerosos de que alguien rompa el acuerdo, dispuestos todos a anticiparse a esa posibilidad. Nadie hace nada por el bienestar de los demás, pero, para conseguir sus propios beneficios se ven, de facto, obligados a ello, a ofrecer lo mejor en las mejores condiciones. Por supuesto, lo dicho hasta ahora no está exento de dificultades: sólo se atienden las necesidades de quienes tienen dinero; los precios a medio plazo no dependen apenas de las demandas (sino de las estructuras de producción); los rendimientos de escala, la rigidez de los factores productivos y de su combinación desdibujan esa magia de respuestas competitivas y de fluctuaciones automáticas y ciegas; la competencia camina por senderos distintos de la mejora del producto (publicidad, barreras, etc.); y, por lo demás, la competencia no es una situación habitual, ni siquiera tendencialmente.

Pero lo interesante aquí es recordar las reglas básicas que garantizan el juego del mercado, de su eficiencia, añaden sus apologistas: individuos que procuran sus intereses en un marco competitivo que hace imposible establecer acuerdos, sistema que funciona con escasa información. En virtud de esas reglas, los individuos se ven obligados a adoptar una conducta que quizá no es la que desean (atender necesidades solventes, con dinero) pero que es la única que les garantiza la supervivencia. Es ese automatismo, ese carácter obligatorio y disperso de las elecciones el que asegura que el mercado siga funcionando sin que nadie lo procure (ni esté en condiciones de hacerlo).

Pues bien, esas mismas reglas del juego son las responsables del agudizamiento de los problemas ecológicos. También de su automatismo —traducido psicológicamente como sensación de impotencia—, del hecho de que aun siendo percibidos por todos, los individuos se sientan obligados a participar de una carrera cuyo final no desean. Si pensamos en los campesinos que quemar zonas de bosque para poder establecer cultivos de barbecho no muy largo,

en las familias rurales que aumentan el número de sus miembros para disponer de mayor fuerza productiva, en los pescadores que capturan cuanto pueden, en los países que construyen carreteras a través de la selva, en el uso privado de pulverizadores, o en el consumo de los recursos no renovables, incluyendo el agua, en todos esos escenarios se encuentran la misma estructura de interacción que proporciona aliento al mercado. Cada unidad de decisión (individuo o gobierno, a estos efectos da lo mismo) cree que si no actuase del modo que lo hace, estaría peor y que, al cabo, de poco serviría, si los demás se siguen comportando del mismo modo; que lo único que conseguiría es ser el primero en sucumbir; y que, incluso si modificase su conducta en atención al bien general, de poco serviría porque su acción es una simple gota apenas perceptible en el mar de las decisiones. Como todos se hacen la misma reflexión, y como no tienen modo de ponerse de acuerdo, porque son muchos, porque todos temen que los demás rompan el acuerdo, porque ellos quieren anticiparse a esa posibilidad, el caso es que la situación más indeseada por todos se produce y mantiene. No hay modo de co-honestar voluntades. La característica más propia del mercado, su sistema descoordinado de toma de decisiones, es responsable de la imposibilidad de romper una situación en la que todos participan, aunque a todos les puede resultar indeseable. En este sentido, no se trata de que el mercado sea un mal instrumento para resolver los problemas, sino que es el responsable de su ahondamiento (y de la impotencia que frente a los mismos se experimenta).

El problema no es de tal o cuál sociedad, sino de las reglas mismas que definen al mercado. La perversión está en el alma misma del capitalismo. Cierto es que muchas sociedades no capitalistas han resultado letales para sus nichos ecológicos, pero no lo eran necesariamente, sino circunstancialmente. Por ejemplo, en su mayoría, los países de socialismo real han sido menos prudentes con sus ecosistemas que los países capitalistas del centro (no, desde luego, que el mercado mundial, que es lo que ahora se está aduciendo: se verá en los próximos años la barbarie ecológica de las

industrializaciones rápidas del Tercer Mundo). La aspiración incondicional a desarrollar las fuerzas productivas, unas autoridades incontroladas y pocos escrupulosas, se combinaron para intentar «vencer» al capitalismo, sin preocuparse por sus ciudadanos. Pero eran sociedades que podían actuar de otro modo, sin atentar contra sus rasgos básicos. Resulta perfectamente imaginable — otra cosa es si deseable— una dictadura planificada igualitaria y austera. Por contra, en el capitalismo es imposible concebir otro modo de funcionamiento que no atente de algún modo contra la idea misma de mercado. Esa es la diferencia.

No resulta más útil el sistema de competencia entre partidos para recoger los intereses de la especie. Los partidos rivalizan entre sí para conseguir votos y para ello tratan de incluir en sus programas los intereses de sus potenciales votantes, o, al menos, lo que éstos perciben como tales. Se han de conciliar intereses dispares o conflictivos y la solución más frecuente consiste en desdibujar los perfiles de los programas políticos, de modo que quepa todo porque, en rigor, no se dice nada. Lo que es seguro es que, si algunos grupos quedan excluidos de la posibilidad de voto, no disponen de medios de presión y pueden ser utilizados para proporcionar beneficios a los votantes, lo serán: los votantes obtienen un beneficio sin costos y quienes pagan no pueden quejarse.

Así sucede con las generaciones futuras y con los ciudadanos de los otros países. Una política austera que exiga aceptar hoy sacrificios en nombre de unos beneficios futuros que muy posiblemente no serán percibidos, tiene pocas posibilidades de cuajar en programa y ninguna de llevar al Gobierno. El sistema propicia —proporciona rentabilidad electoral a— la actuación inversa: el despilfarro del patrimonio y el traslado de la deuda a otros, a los por nacer, que no pueden quejarse. Algo parecido sucede con la base nacional del electorado. Puede que un político brasileño esté preocupado por las consecuencias que para todos tiene la desaparición de la selva, pero los beneficiarios de la conservación, la humanidad, no votan en Brasil, y los que votan tendrán en cuenta, ante todo, los beneficios inmediatos que pueden obtener de las carreteras.

Una argumentación parecida sirve para las emisiones contaminantes a la atmósfera.

Mientras el corto plazo y la base nacional son los que mandan en el juego electoral, la organización de una vida digna para la especie humana exige atender al largo plazo y al conjunto del planeta. En el marco del juego de competencia entre partidos, un político que quiera llegar al gobierno tendrá que desatender los fines importantes, y si se preocupa por éstos, debe tener por seguro que son escasas sus probabilidades de llegar al gobierno. Por supuesto, cuando se estrecha la relación entre acciones y consecuencias, cuando las gentes perciben que también va en favor suyo la preservación de ciertos equilibrios ecosistémicos, los intereses serán recogidos, pero eso no quita que los riesgos más importantes (efecto invernadero, capa de ozono) tengan base planetaria, ni que precisamente el estrechamiento entre las acciones y sus consecuencias haga tan angosto el margen de maniobra que quede poco por hacer y que, en esa hora, la propia urgencia tiende al autoritarismo.

Obviamente, no es imposible, en sentido estricto, que el sistema recoja los intereses de la especie, pero, por lo dicho, resulta poco propicio, cuando no antagónico. En la medida en que las instituciones son marcos que constriñen —más o menos voluntariamente— los comportamientos con el objetivo de realizar ciertos propósitos o valores que se juzgan importantes desde alguna perspectiva, se puede decir que el citado sistema debe descartarse, cuando se valora desde su capacidad para realizar el ideario de la izquierda. En suma y en breve, el mercado y el «mercado político», no sólo no son buenos marcos institucionales para la resolución de una vida ordenadamente justa, sino que tienen dinámicas que alejan de esa meta.

LA ILUSION DE SOLUCION

Como se dijo, estas páginas se ocupaban de lo que no sirve. Hay ocasiones en las que la primera persona no es ejercicio de vanidad o arrogancia. Una de ellas es cuando se hace público lo que se desconoce. No sé

cuál es «la alternativa», pero sí cuál no lo es. Es lo único que puedo decir con alguna seguridad. Por lo demás, aunque resulta saludable reconocer las ignorancias y las imposibilidades, en la actividad política es una práctica poco habitual. Las razones de esa disposición son profundas y tienen que ver con el otro asunto del que se ocupan estas páginas, lo que, en mi opinión, ha sido uno de los mayores lastres de la cultura de izquierdas: la ilusión de que todo lo que se quiere se puede. También a mí me gustaría que la competencia entre partidos recogiese los intereses de la especie, pero, que yo lo quiera, no lo hará posible. También me gustaría que hubiera más recursos y mayor capacidad de asimilación de desechos. Sin embargo, mientras nadie hace programas políticos prometiendo la inmortalidad, se alimentan esperanzas imposibles —que luego se traducirán en escollos para cualquier acción razonable— que no tienen otro fundamento que la voluntad.

Razones ya apuntadas, como el futuro en abundancia, y otras ancladas en su cultura filosófica, como la herencia ilustrada, han acostumbrado a las izquierdas a disolver en el futuro los problemas para los que no advina solución hoy. Tensiones personales, discriminaciones raciales o sexuales, problemas nacionales, patologías mentales, todo quedaría resuelto en la sociedad de los iguales. Alguna vez se ha dicho que esa disposición a cultivar quimeras se justificaba por su eficacia movilizadora. Amén de consideraciones morales, de respeto por la verdad, lo cierto es que esa convicción no parece inferirse de una historia en donde los fracasos —el más reciente el eurocomunismo— son tantos como los intentos de reescribir la derrota como victoria o de dibujar el futuro como un escenario en donde todas las dificultades y contradicciones se disipaban. En los asuntos que nos ocupan, las cosas son peores. No se trata de que esa actitud resulte ineficaz, sino que es llanamente dañina.

Hoy sabemos que el futuro, el mejor de los futuros posibles, no será de color de rosa. Unas poblaciones gestadas en la cultura del despilfarro y educadas como consumidores, como receptoras pasivas de productos (políticos también), unos recursos

limitados, el respeto por las generaciones futuras, la igualdad y la participación en la toma de decisiones, no son objetivos fáciles —si posibles— de conciliar. Desde luego, tampoco ahora estoy en condiciones de decir qué se debe hacer. Lo que es seguro es lo que no se ha de hacer: alimentar esperanzas que revierten en rechazo y se experimentan como traición cuando no llegan a unos actores sociales que se ven a sí mismos como pasivos receptores de los beneficios prometidos. No sólo porque no se debe hacer, sino porque, así, tampoco se puede.

La perversión no está tanto en la autenticidad de los políticos como en esas relaciones políticas que alientan a unos a ofrecer productos imposibles que otros se limitan a consumir pasivamente. Cuando la solución del problema requiere de la acción de todos, no parece el mejor instrumento una cultura política en la que la actividad política se entiende como un coste y que, por ello, exige la delegación de las tareas en unos profesionales que ofrecen unos productos acabados ante los cuales a los consumidores-votantes sólo les queda la libertad de escoger, de consumir —unas ofertas prefabricadas— no de hacer. Los consumidores políticos actúan con pueril irracionalidad, como niños que reclaman sin pensar, y los productores están dispuestos —obligados, si quieren ser escuchados— a prometer lo que haga falta. Es así que a los políticos les está impedido hacer juicios o recomendaciones pesimistas. No es extraño que las previsiones acerca de los peligros por llegar, vinieran antes de científicos sociales o naturales que de quienes parecían dedicarse profesionalmente al futuro de todos. No sólo se trataba de un problema de información, sino de un tipo de escenario que prohíbe, que penaliza lo desagradable y que filtra la percepción de los datos que no se quieren reconocer.

No resulta extraño que, en ese escenario y con aquellas herencias, la izquierda haya cultivado la «ilusión de solución». Bien sabemos que los humanos, para hacer soportable una realidad intolerable, tendemos a confundir la realidad con los deseos. Menos justificado resulta que lo mismo suceda en organizaciones que, por actuar desde la discusión intersubjetiva, deberían obviar

las tentaciones racionalizadoras (entre otras razones porque no hay psiquis colectivas). Desgraciadamente, eso pocas veces ha sido así. Si algo han tenido en común la II y III internacional —sobre todo cuando estaba cerca del poder— era su disposición a ganar siempre, a vender la historia, lo que sencillamente pasaba, como victorias, como resultado de elecciones voluntarias. La crisis del socialismo real ha sido también tristemente ejemplar en esto. Mientras cierta izquierda se empeñaba en ignorar la realidad y sostenía que ahora sí, que Gorbachov, por fin, pensaba en el socialismo auténtico, no en el de mercado, otra, tradicionalmente más cuerda al reconocer los datos, hacia de los datos sus deseos y sostenía que lo que estaba pasando, fuera lo que fuese, era lo que se quería. Unos ajustan la realidad a sus deseos y otros desean la realidad. La psicología tiene nombre para ambas patologías (*wishful thinking*, *disonancias cognitivas*, respectivamente) y todos descuidan que la incertidumbre del proyecto es esa incertidumbre, que no hay modo de saber lo que saldrá, porque cuando se sueltan las bridas, no se sabe dónde se acabará, que, para decirlo con una paradoja también conocida —y bautizada como patología— por los psicólogos, es un despropósito pretender dirigir la espontaneidad.

La disposición a confundir deseos y realidad ha tenido su traducción más inmediatamente política —de especial gravedad en el momento presente— en la superposición de dos planos, de suyo bien diferentes, que atañen a los idearios: fundamentación y eficacia electoral (confusión que no se debieran permitir quienes saben que Hitler llegó al poder electoralmente). No confundir las razones de un ideario con las razones que llevan a adscribirse a un ideario, tomarse en serio esa vieja discriminación ayuda, por lo pronto, a reconocer el lugar de las derrotas. Por ejemplo, no se puede tomar la pasión capitalista —meses atrás— de los inquilinos del socialismo real, por razones en favor del capitalismo. Aquella devoción se explicaba desde otras circunstancias. Bastó con que todos creyeran que algunos podían llegar a ricos, para que la simple posibilidad alimentase las ga-

nas de escapar a una igualdad que siempre se ha visto —meses atrás, insisto— como una plaza garantizada. En ese contexto, poco importa que para que exista un magnate, se necesiten muchos pobres. La simple expectativa de que «le toque a uno» ya alimenta las esperanzas de todos.

Pero aquí interesa la discriminación por otras razones. Primero porque, en los años por llegar, las razones de un ideario igualitario y contrario a una cultura del despilfarrero, que son las más arriba esbozadas, no calarán con facilidad en una población dispuesta a devastar el planeta antes que bajarse del burro del desarrollo. (Aunque, acaso, el problema sea mayor con aquellas poblaciones que, sin haber llegado nunca a subirse, ha hecho del intento su sentido de vida y que pueden ver en los «costos ecológicos de su desarrollo», la única factura de su crecimiento que podrán trasladar a los ricos de siempre.) Pero la razón más fundamental tiene una dimensión más inmediatamente política, a saber: el salto entre las razones del ideario y las de su extensión es el escenario en donde tiene lugar nuestro segundo problema: el acercamiento a los objetivos, lo que antes se llamaba estrategia.

Para que un ideario cuaje en acciones, se requiere: a) que los problemas se perciban; b) que la percepción se acompañe de la posibilidad de actuación; y c) que la actuación resulte interesante para quienes han de realizarla. En el asunto que nos ocupa lo primero presenta una doble dificultad. La primera es la ya mencionada disposición de la izquierda a hacer de la necesidad, virtud (la alegría incondicional con la que algunos acogen la crisis del socialismo real o el resurgir de los nacionalismos, son muestras recientes), lo cual estrecha el campo de la percepción, lleva a ignorar los datos desfavorables a lo que se quiere creer e impide reconocer las dificultades para conciliar objetivos (o los «armoniza» con palabras huecas que se acaban por creer de tanto repetirse). La segunda tiene que ver con la particular naturaleza de muchos de los problemas ecológicos. Con frecuencia, los mecanismos causales de éstos, son opacos y sus consecuencias no son inmediatamente identificables. No es fácil ver de qué modo el uso de un pulverizador tiene efectos so-

bre la salud, la contaminación de hoy está relacionada con las malformaciones de aquí a veinte años, o cómo lo que se hace en un bosque, afecta a individuos que no se conocen. Por lo demás, reconocer que el peligro está en las reglas del juego, es menos sencillo que identificar la injusticia de un explotador feudal, reconocible en su condición, enemigo bien localizado.

De todos modos, no basta con la percepción. Que exista un problema o una necesidad y se conozcan, no asegura que tengan soluciones. También esto hay que tomárselo en serio. Está muy arraigada en nuestra cultura una creencia —desprovista de sentido para quienes no creen en un Dios providencial— en que de la necesidad surgirá la solución. Si estamos solos y perdidos en el desierto, podemos tener una clara percepción de la situación, pero ninguna posibilidad de actuación. Los escenarios de la crisis ecológica son de esa naturaleza. Recuérdense los ejemplos y su moraleja: cada uno puede darse cuenta de que las cosas podrían ir mejor de otro modo, pero no se ve modo de que las cosas cambien con su simple actuación. Para que se pueda actuar, es necesario que se vea un modo de interferir la secuencia causal que alimenta el proceso no deseado, y eso era lo que resultaba imposible con las reglas de la descoordinación. Si estamos en un cine y se declara un incendio, puede que los que están dentro sepan bien lo que hay que hacer: ponerse de acuerdo y salir en orden; pero como creen que, entretanto y por si acaso, lo mejor que pueden hacer es intentar salir como puedan, el pánico y la catástrofe se desatan. Al igual que en los asuntos ecológicos, sólo queda la invocación moral —a una humanidad distinta— que sólo testimonia su propia impotencia, su dificultad para traducirse en una conducta que resulta imposible en tales escenarios.

Pero, con ser condiciones necesarias, la percepción y la posibilidad de actuación no bastan para que se alcancen los objetivos. Hace falta que la actuación se realice. Dificultades ya conocidas, la posibilidad de trasladar a otros (a los vecinos y a las generaciones futuras) los costes del «desarrollo», complican la posibilidad de actuación. Los individuos han de sentirse interesados

en la actuación. También, en el reconocimiento de esta circunstancia, la izquierda tiene que renovar su disposición mental. La conexión entre las razones de los idearios y las razones de su extensión, está mediada por el interés. Por supuesto que hay gentes altruistas, que la historia muestra acciones solidarias de muchas gentes. Aunque no es menos cierto que tales comportamientos han estado casi siempre anclados en culturas campesinas en las que, por diversas razones, la conducta solidaria resultaba más propicia. No es tan común en gentes forjadas por dos siglos de competencia. Pero es que, además, aunque se pueda dar el altruismo de unos pocos durante mucho tiempo, o el altruismo de muchos durante poco tiempo, es ingenuo —y peligroso— fiar un proyecto político en el altruismo de muchos durante mucho tiempo. Las gentes, más temprano que tarde, reclaman los resultados de los costos que se les adjudican o asumen.

Creo que hay una circunstancia muy importante que ayuda a entender las dificultades de la izquierda para reconocer este extremo: durante mucho tiempo, sin saberlo, por así decirlo, su proyecto permitía superponer las razones del ideario y las de su extensión. En efecto, hasta no hace mucho, fue el caso que la fundamentación del proyecto socialista y la estrategia de emancipación, coincidían en un anticapitalismo que tenía en la clase obrera su protagonista. La argumentación —no interesa ahora si fundada o no— era sencilla, eficaz y consistente: puesto que el capitalismo generaba necesidades que era incapaz de satisfacer, bastaba con adoptar una estrategia de reivindicación, de extensión de derechos y de consumos, para hacerlo estallar. La misma dinámica —el mismo interés— que llevaba a luchar contra el capitalismo, acercaba al socialismo. Este resolvería las necesidades que el capitalismo liberaba pero no satisfacía. Al luchar por sus intereses, los obreros luchaban por un objetivo final que se justificaba por su capacidad para satisfacer aquéllos.

El problema aparece cuando las razones que llevaban a destruir el capitalismo, atentan —se contradicen— también con las que fundan el ideario. Hoy las razones del ideario siguen siendo las de siempre: la emancipación de la especie. Desde los clásicos del

marxismo ésa es la justificación última del anticapitalismo. Porque, se ha de insistir, la descalificación del capitalismo no es argumento último, sino que se hace desde valores ulteriores que son dignos de defensa, pero de imposible realización en el capitalismo. La condena que más arriba se hizo del mercado era de esa naturaleza. El mercado no sirve para determinados propósitos que tienen prioridad ética —y casi lógica: sin vida no hay sociedad posible— desde la perspectiva de la izquierda. Pero incluso el anticapitalismo es instrumental. Si se pudiese mostrar que el mercado —o el mercado intervenido— permite la ordenación de una vida compartida y digna, que es un buen medio para la obtención de nuestros fines, habría que revisar los anteriores juicios. De momento, por lo que sabemos no es así. Antes al contrario, lo que parece desprovisto de base racional, es el generalizado consenso de las izquierdas en torno a la bondad —para realizar su ideario— de la combinación entre el sistema descentralizado de asignación de recursos económicos y el sistema de competencia en la obtención de votos. No es nuestro asunto explicar porqué se ha recalado en esa creencia, pero no parece razonable suponer que sea como resultado de una valoración desde los objetivos de la izquierda.

Con buenas razones, los clásicos del marxismo sostenían que, en aquellos días, la emancipación de todos tenía en la clase obrera su protagonista, su instrumento y en sus organizaciones, su fermento. La clase obrera podía liberar a la especie al liberarse a sí misma, al reclamar lo que le era negado y que el sistema no podía satisfacer. Pero no hay que olvidar ni esa condición instrumental de la clase obrera, ni que los datos pueden convidar a revisarla. La crítica del capitalismo que hoy parece razonable, tiene que ver sobre todo con su peligrosidad potencial, con la indignidad de los futuros a los que nos conduce, entre la catástrofe o la barbarie moral (una dictadura militar de los países privilegiados, para mantener su modo de vida hasta donde sea posible). Puede que ahora, aunque el «enemigo siga siendo el mismo», el viejo instrumento esté actuando contra las razones del ideario de la especie.

De nuevo, escojo la primera persona para confesar mis dudas sobre esto último. Seguramente, hay que estar del lado de los explotados, pero puede que haya que estarlo del mismo modo que se está con los muchos segmentos sociales que la sociedad capitalista margina, degrada, oprime y priva de derechos. Sin pensar que en ellos hay ninguna situación de privilegio revolucionario, sin ignorar que la marginación no supone mayor lucidez o sensibilidad ética, sino que muchas veces resume la degradación moral de la sociedad. Los obreros socializados en la producción, podían ser germen de solidaridad, pero hoy, en la marginación, la supervivencia muchas veces se piensa contra —no con— los otros. No lo sé. Lo que sí tengo por cierto es que encastillarse por tesis parciales (sobre el estado, sobre las nacionalizaciones, sobre las formas de organización, y también, hay que decirlo, sobre la clase obrera) hace imposible reconocer con claridad qué es lo prioritario: el proyecto emancipador. Para decirlo contra la tesis más arriba expuesta: si se descubriese una fuente de energía limpia, inagotable y de fácil gestión democrática, habría que recomponer todo lo dicho hasta ahora. Empero, la actuación razonable se basa no en lo que puede ser, sino en lo que se sabe sobre lo que hay. Y lo que hay es lo dicho.

Seguramente, las líneas anteriores pueden producir cierta insatisfacción psicológica por lo poco que se dice y por cómo se dice. Menos por su escasez que por su pesimismo. Y, con todo, no se quiere ocultar el tono conjetural de las últimas líneas. Reconocer esa condición es otro modo de abundar en la prevención contra la ilusión de solución, contra la creencia de que en el futuro —antes, aquí se decía «en el socialismo»— todos los problemas se resolverán. Hay que recuperar la prudencia al opinar y

no confundir las tareas que dieron sentido a nuestras vidas con el sentido de las propias tareas, aquél no justifica éstas y, a veces, a fuerza de resolver el primero, se prolongan ideas y actitudes, y se quiere ignorar —para decirlo con el poeta— que «aquello sobre lo que fundamos nuestro ser, el nombre que dimos a nuestra dignidad, no era más que un desolador deseo de esconderse», de escondernos.

La complejidad de los procesos de los cuales estamos siendo testigos hace difícil tener opiniones fundadas, y las otras no interesan. La cultura de los medios de formación de opinión, con demasiada frecuencia alimenta a los políticos, a todos, a opinar y prometer sin pensar (o a pensar a ritmo de resultados electorales). Insana disposición mental que impide encarar los problemas. Al fin, el primer requisito para resolver un problema, es un perfil reconocible. No es sencillo responder correctamente a una pregunta mal formulada y es imposible hacerlo cuando lo que se quiere es conjurar la dificultad. Es posible que hoy no estemos en condiciones de cambiar lo real, pero acaso esa misma ubicación, en su miseria, proporcione la conveniente serenidad para cambiar nuestra disposición para abordarlo. En tiempos de incertidumbre, sobre lo incierto, hay que opinar con prudencia. La invitación se hace más perentoria si se tiene en cuenta que, por lo ya dicho, el mejor de los futuros no será el paraíso y no todo será posible. Los fracasos podrán venir por muchos sitios, pero sería de desear que no vengán por donde otras veces: porque se prometió lo imposible. Ello nos aleja de las gentes y nos aleja de la salud moral y, al cabo, de nuestros proyectos, que requieren del protagonismo de las gentes y de la defensa de los valores. Esto sí que se puede sostener con suficiente seguridad.